

PANDEMÓNIUM

De ciudad desconocida,
que luego se hizo famosa,
llegó una plaga espantosa,
y nos amargó la vida.

Allí existía un mercado
donde, para el estofado,
se vendían pangolines
y otras “delicias” afines.

En lugar de chuletitas,
en una sartén bien fritas,
un murciélago guisado,
era lo más cotizado.

De éste, o de un pangolín,
un virus saltó a las gentes,
dándole a muchos su fin,
y a otros dejando dolientes.

No faltó la consecuencia:
confinados con urgencia,
por comer con tantas ganas,
carnes raras y malsanas.

Llegó aquí la información:
en Wuhan, ciudad de China,
andaban con infección,
por su arriesgada cocina.

Mas no hubo preocupación,
ni en España ni en la Unión.
En nada nos afectaba,
pues China lejos quedaba.

Italia fue la primera:
antes de la primavera,
ya tenían en el norte,
un brote de muy buen porte.

Por cuestiones de deporte,
con el fútbol por montera,
de aquí fueron a ese norte,
traspasando su frontera.

Al volver, casos aislados
contagiaron a otros tantos.
Los demás, amilanados,
observaban los quebrantos.

Y comenzaron las luchas:
unos buscando la gloria,
otros llenando las huchas,
los más, en giros de “noria”.

Un “experto” aconsejaba:
“mejor no usar mascarilla,
que al ajustar la barbilla,
el toque nos contagiaba”.

Debido a tantas demencias,
el virus se fue extendiendo:
se cebó en las residencias,
y muchos fueron “cayendo”.

Nuestras UCIS se llenaron.
Los médicos cancelaron
las cirugías ajenas.
Y aquello trajo más penas.

Tumores sin extirpar,
y daños no reportados.
Con tanto mal sin tratar,
casos leves, agravados.

La pandemia fue en aumento,
y por frenar la infección,
se ordenó un confinamiento,
de muy larga duración.

Comenzó el aburrimiento:
prohibidos los mesones,
los besos, los achuchones,
y todo entretenimiento.

No abrazar era muy duro,
pero más el abrazar,
pues te metían un “puro”,
llegándote a encarcelar.

El móvil, por compañía,
mas entre chistes y bulos,
vídeos y consejos nulos,
llegó a ser una agonía.

Las gentes acumulaban
los comestibles y el gel,
y en las tiendas se agotaban,
los “rollitos de papel”.

El fin del confinamiento,
nos trajo más desaliento:
cada uno iba a su bola,
y llegó más de una ola.

Otra vez las UCIS llenas,
el personal infectado,
cuando menos, agotado,
y los necios, de verbenas...

Millones de contagiados,
fallecidos a millares,
y entre tantos afectados,
amigos y familiares.

Pero los que no han sufrido,
el perder a un ser querido,
pasean sin protección,
extendiendo la infección.

Por fin la luz ha llegado:
la vacuna han fabricado,
y aunque van a ritmo lento,
ya no hay tanto desaliento.